

UN RATÓN DE LABORATORIO

(Cuento denuncia)

por:

Pilar López Bernués

(Derechos registrados)



UN RATÓN DE LABORATORIO

Cuando el pequeño ratón, llamado Álex, abrió los ojos por primera vez, se encontró con otros bebés iguales a él y con su madre, que era algo así como una bola peluda y blanca con una cola larga de color rosa. El suelo estaba sembrado de una cosa que llamaban "serrín" y el único fragmento de mundo que pudo ver fue la caja blanca en la que estaban, con la parte superior cerrada con barrotes y entre ellos un artefacto raro del que su madre chupaba agua. Algunas veces, en aquellas barras ponían algo duro que debería ser comida porque "mamá" se pasaba horas royéndola; pero él y sus hermanos preferían la leche.

Álex no conocía nada más, de modo que no sabía que la Tierra era mucho más grande y que él había nacido en un laboratorio.

Cuando el pequeño roedor y sus hermanos crecieron un poco fueron separados de su madre y distribuidos en diferentes jaulas. Lo trasladaron a una celda similar a la anterior, que compartiría con otros ratones de su misma edad.

Le costó al principio, pero la necesidad le enseñó al joven roedor a comer lo que colocaban más allá de los barrotes y a beber de una especie de tubo largo y frío. Álex no conocía otra cosa, de modo que tampoco anhelaba más; se sentía bien con comida, agua y amigos. Los días transcurrían iguales unos a otros y la única distracción consistía en jugar o pelearse con sus compañeros de jaula, sin embargo el protagonista era feliz porque...: Entre ellos había dos "chicas" y una de ellas, Tina, era rematadamente guapa, simpática y juguetona. Por ella se peleaban todos los muchachos, pero Álex vivía contento e ilusionado porque Tina le prefería a él. Eran muy amigos, jugaban juntos, charlaban durante horas, dormían uno al lado del otro y estaban tremendamente bien en su rincón preferido.

El mundo de Álex se desmoronó cuando un día una mano abrió la jaula, cogió a tres ratones macho y a Tina... El pequeño roedor se sintió desfallecer porque adoraba a la pequeña y era su mejor amiga. Pasó tres días en su rincón esperando que la misma mano que se había llevado a la "muchacha" la devolviera, notando su ausencia más allá de lo que podía expresar. Estaba deprimido y su alegría habitual se había convertido en una terrible tristeza. No tenía ganas de comer ni beber, solo quería estar con ella y no entendía qué había pasado porque para él toda la inmensidad del Universo se reducía a una jaula de escasas dimensiones y su mente ratonil no era capaz de imaginar otras cosas.

Pasados tres días, la misma mano que secuestró a Tina abrió la caja de nuevo y se llevó a Álex y dos ratones más. Asustado, con el corazón latiendo tan fuerte que le lastimaba las costillas, el pequeño roedor se sintió transportado a una jaula más grande... Allí estaba la pequeña Tina y los otros compañeros, pero su aspecto era lamentable. Todos tenían restos de sangre en el vientre y estaban en un rincón, semiinconscientes. Álex corrió hacia su amiga, la lamió y se situó junto a ella para darle calor. Tina respiraba con dificultad y no decía nada... Apesadumbrado y temblando de angustia, el ratón permaneció en el mismo lugar, sin apartarse de ella, lamiéndole las heridas, apretando su cuerpo contra el suyo pero, tan aterrorizado y confundido, que no se atrevió a mover ni el rabo.

Otra mano cogió a Álex poco después y lo sacó de la celda. Intentó resistirse porque no quería separarse de "ella" de la que estaba enamorado, aunque eso él no lo sabía porque era demasiado joven... Su fuerza, no obstante, no sirvió de nada frente a aquel ser grande y raro, vestido de blanco, que lo levantó en el aire sin esfuerzo cogiéndolo por la cola.

Allí empezó un auténtico calvario: Por espacio de dos semanas, el pequeño ratón fue inyectado en el vientre y cada vez que lo hacían se sentía desfallecer. En ocasiones la aguja era reemplazada por un agobiante canuto metálico que le introducían por la boca, hasta el estómago, y que llegó a perforarle la pared del esófago.

Álex y los otros dos ratones que cogieron con él se habían convertido en deshechos de piel y huesos. No comían apenas porque no tenían fuerzas ni para incorporarse. Estaban separados de Tina y el pequeño roedor sufría en silencio no sólo el dolor físico sino la ausencia de su amiga, a la que adoraba y echaba mucho de menos.

Unos días después ocurrió algo dramático que Álex y sus compañeros contemplaron con horror, lo poco que desde su posición lograban ver: Una mano se acercó a una jaula situada, al parecer, al lado de la suya. Cinco dedos cogieron a Tina por la cola y la elevaron en el aire.

Álex observó la escena sin saber qué estaba pasando, sintiéndose asustado, impotente e indefenso hasta que el corazón casi se le detuvo de pura angustia...: Aquella mano estrelló a Tina contra una repisa dura y luego la degolló.

Los roedores contemplaron la escena presas del pánico y la

desesperación; frenéticamente, trataron de ocultarse unos bajo los otros excepto Álex que, angustiado e impotente, no pudo apartar los ojos de su amiga, sintiendo que con cada gota de sangre de Tina se iba un poco de la suya...

Le llegó el turno al protagonista de esta historia. Finalizado el experimento, Álex ya no era útil y su vida no tenía valor. También recibió un golpe en la cabeza, que le fracturó el cráneo, también fue degollado y su cuerpo se tiró a la basura.



Aquella existencia gris, llena de ansiedad y angustia había tenido un objetivo: Ayudar a la humanidad. Pero... ¿Qué sentía la humanidad por él, por Tina y por todos los millones de ratones sacrificados por ella? Sólo asco y desprecio.

¡Eso era lo terrible! La vida de Álex y la de tantos otros había servido para que unos extraños seres, que eran los amos, vivieran mejor ¿Por qué, pues, no eran capaces de sentir un poco de gratitud? ¿Es que el hecho de ser los dueños y los dominantes no significaba que sus sentimientos estuvieran a la misma altura?

@Pilar López Bernués